



en Tamahú

HOJA INFORMATIVA

Nº 150 – NOVIEMBRE 2024

Obra solidaria de Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid) en Guatemala

Un mes luctuoso

Antonio Salas

En cada Boletín acostumbro a reseñar algunas realidades de nuestra misión guatemalteca donde lo trágico suele hermanarse con lo grotesco. De ordinario, en torno a mis relatos se cierne un halo de tristeza. Mas ¿qué otra cosa podría esperarse si en ellos me limito a consignar quebrantos, desnutrición, hambruna, penas y dolencias? Pues bien, en esta ocasión he decidido romper mi rutina para adentrarme nada menos que en el ominoso ámbito de la muerte. Aunque nuestra fe nos garantice, al respecto, un “más allá” de plenitud, no por eso deja de rasgársenos el alma al toparnos con ella. Y es lógico, pues la esperanza no embota los sentimientos. Estos se inmergen en el dolor siempre que el óbito arrebatara a un ser querido.

Algo así nos ha ocurrido a nosotros. Después de tantos años, hemos cogido cariño a los enfermos que cuidamos, a los bebés que alimentamos y a los indigentes que socorremos. No es extraño que alguno de nuestros protegidos acabe muriendo. Cuando tal ocurre, aunque lloremos su ausencia, solemos asumirla como inevitable. No en vano, en la misión, nos hemos acostumbrado a jugar con la muerte. Pero, aun así, lo ocurrido este mes rebasa las lindes de lo normal. Son nada menos que diez nuestros beneficiarios fallecidos. Han sido tantas las pérdidas que nos ha faltado tiempo para lamentarlas de forma individual. Por eso he decidido rendirles un homenaje colectivo, a la par que solicito oraciones para que Dios las acoja en su seno y brinde a sus familias consuelo y solaz. Han fallecido 4 adultos y 6 bebés.

Evocando el recuerdo de los adultos

1. *Don José Cupertino Cho Cha*, del poblado de Tamahú. Debido a sus severos problemas óseos, Fratisa lo había trasladado en más de una ocasión a la capital para que le realizaran los análisis pertinentes. Le compramos una silla de ruedas. Le estábamos



D. José Cupertino, en su silla de ruedas



Enterrando a uno de nuestros bebés

proporcionando medicamentos para controlar su dolencia. Aun así, una crisis aguda se lo llevó; 2. *Doña Irma Graciela Can*. Aunque de ella hable Raúl Leal en su relato sobre la “Ayuda humanitaria”, no creo osado suscribir que, si bien era diabética, falleció corroída por la angustia; 3. *Rogelio Tun*, de Onquilhá. Al tener muy delicados sus pulmones, lo llevamos varias veces al hospital donde se le hicieron análisis para descartar la tuberculosis. Si bien se le proporcionaba la debida medicación, tuvo unas fiebres muy altas que no logró superar; 4. *Doña María Santos Laj*, la famosa “vendedora de ruda”. Murió, víctima de la fatalidad. Sobre ella escribiré de inmediato con más detalle.

Evocando el recuerdo de los bebés

1. *Gloria Elizabeth Beb Och*, de Jolomché (11 meses). Al derramarse accidentalmente sobre su cuerpo una olla con agua hirviendo, las quemaduras la destrozaron. Y, aunque se la llevó con apremio a un hospital de la capital, no pudo soportar el trauma y, de regreso, ya en su casa, falleció; 2. Sin que se conozcan las causas concretas, murió en el hospital de Cobán una nietecita de Juliana (Onquilhá), para quien Fratisa pagó al albañil y ayudante en la construcción de su nueva vivienda. 3. *Adrián Israel Choc Caal*, de Pantic (3 meses). Es uno de los dos gemelos que fallecieron a causa de una bronconeumonía mal cuidada. 4. *Abner Nathanael Choch Caal*, de Pantic (3 meses). Es el otro gemelo que murió dos días después, acosado por unas fiebres muy altas, debidas también a serios problemas bronquiales; 5. *Mayra Daniela Cabnal Juc*, de Chitulub (2 años). A pesar de su parálisis cerebral, Fratisa la llevaba a rehabilitación y le proporcionaba leche pediátrica. Aun así, tuvo una crisis aguda con convulsiones que no logró superar; 6. *El bebé sin nombre*, de Onquilhá, cuyo triste final referiré más adelante.

Como puede verse, varias muertes se han debido a descuido o dejadez. Y es que muchos indígenas se dejan llevar por la ley de la inercia, haciendo gala de un exasperante conformismo. Lloran hasta el delirio por quien los abandona, pero no siempre hacen lo posible por evitar su deceso. Son así y hay que respetarlos. Ello no impide que, tras un mes tan aciago, lamentemos los fallecimientos de unos seres por los que sentíamos sincero afecto. Y nos entristece aún más constatar que varios de esos óbitos podrían haberse evitado. Tal es, entre otros, el caso de nuestra querida María Santos Laj cuyo fatal desenlace me apresto a consignar.

Una muerte evitable

Doña María Santos Laj era una adorable ancianita, residente en la aldea de Sesarb. Todo el pueblo de Tamahú la conocía como la “vendedora de ruda”. Siendo esta una planta medicinal que los indígenas valoran sobremanera, la vendía en manojitos los días de mercado. Aunque su precio fuera insignificante (12 céntimos el manojito), con las exiguas ganancias lograba sobrevivir en su humilde hogar donde vivía acompañada por una de sus hijas, con problemas mentales. Todas las semanas bajaba caminando (3 horas) y regresaba con idéntica locomoción. Hace menos de un mes, nuestro representante la había visitado en su misero tugurio, donde lo obsequió con un par de tortillas y con un júbilo que apenas podía contener. Y más aún al verse agasajada con una despensa de víveres. Según nos



D^a María Santos Laj, en su humilde vivienda

diría después Raúl, quedó impresionado al constatar que la señora, aunque carcomida por la pobreza, transpiraba sosiego, dicha y paz. Y, es que, en realidad, era un alma de Dios. Quizá por ello decidió llevársela.

Era el primer sábado de octubre. Lucía el sol, mientras en los locales de Asumta se estaban repartiendo las bolsas de víveres que todos los meses ofrece Fratisa. De repente, se comenzó a observar un ligero alboroto entre los asistentes, que muy bien podía entenderse como augurio de desgracia. Y lo era. De hecho, unos minutos más tarde, se abalanzó en el recinto una hermana de doña María -lívida y descompuesta a causa de los sollozos- para notificar que su hermana acababa de sufrir un atropello, temiéndose lo peor. Era tal su desespero que sus palabras se antojaban alaridos. Dirigiéndose a Raúl, le espetó a bocajarro: “¿Qué puedo hacer por María? ¿Alguien me ayudará? ¿Quién nos hará llegar su despensa de víveres?”. Tras sosegarla (al menos un poco), nuestro representante le garantizó que él asumiría la responsabilidad de regresarla a su hogar. Pero antes, procedía investigar qué le había ocurrido.

Era muy simple. Al atravesar la calle para entrar en nuestro espacio, ejerciendo de necia, no miró si transitaba por ella algún vehículo. Y una motocicleta la embistió, dejándola muy mal herida. Trasladada con urgencia al



Velando a D^a María con la despensa sobre el ataúd

centro de salud, el doctor de guardia dio de inmediato la orden para que, en una ambulancia, fuera trasladada al hospital regional de Cobán. Y, a la mitad del trayecto, doña María entregó su alma a Dios. No merecía un final tan triste la buena señora. Sin embargo, sabemos que los designios de Dios son inescrutables. Nuestra fe nos garantiza que una persona tan íntegra por fuerza ha de ser feliz con Él. Ello no impide, por supuesto, que los sentimientos queden al borde del colapso.

Tal fue, de hecho, lo que ocurrió. Y más aún al regresar la ambulancia con la señora convertida en cadáver. Ante tan tétrico espectáculo, todos compartían consternación, pero nadie osaba mover un solo dedo. Sí que lo movió Raúl haciéndose cargo del cuerpo, comprándole

un ataúd y, al día siguiente, regresándolo a su caserío donde sus familiares lo recibieron hechos llanto. Aun así, tuvieron arrestos para esbozar una sonrisa cuando se les ofreció la despensa que la finada no había podido recoger. Tras colocar el ataúd en la estancia, se procedió a la velación. No le resultó fácil a la familia asumir que doña María, habiendo bajado la víspera andando, estuviera ahora inerte en la caja. Todo el caserío se solidarizó con los sollozos de sus allegados, recibiendo estos -durante el velorio- los más efusivos testimonios de afecto. No en vano la desventurada “vendedora de ruda” se había granjeado el cariño de toda su comunidad.

Un infausto desenlace

La oficina de Fratisa cada vez es más frecuentada. No cesan de acudir a ella quienes buscan ayuda para sus enfermos o incluso consejo ante situaciones conflictivas. Trabajo no le falta a quien la dirige. Así me lo comentaba Raúl en un momento de confianzas. Nada debería, por ende, haberle sorprendido que -sin previo aviso- se presentara Leonardo Poou Tutu, en compañía de su esposa y de su bebé recién nacido, al que aún no le habían puesto nombre. Tanto la criatura como su mamá presentaban signos inequívocos de desnutrición aguda. El bebé tenía sus orejas dobladas, tapándole los oídos, algo que jamás había visto Raúl. Este, tras sobreponerse de su asombro, les ofreció



Para entrar en nuestra oficina, suele haber cola

leche pediátrica, biberón y algunas vitaminas para que la esposa se fortaleciera. Les pagó asimismo el pasaje de regreso, tras comprobar que no disponían de un solo centavo.

Fueron pasando los días. Y llegó un domingo de octubre que amaneció brumoso y con lluvia. Aun así, Raúl - con ánimo de desestresarse- hacía sus ejercicios físicos fuera de su casa, cuando de repente sonó su teléfono. Era la esposa de Leonardo que le llamaba con premura, pues su bebé se encontraba tan descachimbado que ella se preguntaba si en realidad no estaría muerto. Dejando sus quehaceres, se puso de inmediato al volante y en un santiamén se personó en el punto donde termina el camino que conduce a su aldea. Allí lo estaban esperando ambos progenitores con un grupúsculo de familiares y el niño, envuelto en un rebozo, con las manos amoratadas, pero manteniendo el pulso y la respiración. Sin pérdida de tiempo, toda la comitiva se presentó en el centro de salud cuyo doctor -tras un somero examen de la criatura- dictaminó su traslado urgente al hospital regional, inculcando al piloto que pusiera alas a la ambulancia, pues la vida del neonato pendía de un hilo. Antes que arrancara el vehículo, Raúl puso en manos de Leonardo un billete de cien quetzales, sabedor de que ambos consortes eran pobres de solemnidad.



El niño sin nombre, en estado crítico

Hecho todo lo posible por el bebé sin nombre, Raúl acomodó a los familiares en su vehículo, regresándolos a su aldea, pues ninguno tenía un solo centavo en sus bolsillos. Casi agotado, regresó a su casa, se secó, se duchó y consiguió serenarse. Apenas se había tomado un respiro cuando de nuevo sonó su teléfono. Era Leonardo que le notificaba el fallecimiento de su bebé poco antes de llegar a Cobán. Con tan buena estrella que el piloto de la ambulancia, asesorado por el doctor, regresó con el cadáver a Tamahú, evitando así la siempre engorrosa tramitación burocrática. Ya de nuevo en el pueblo, los padres del difuntito le indicaron a Raúl que carecían de recursos para la compra del ataúd. Tranquilizándolos, se lo regaló él en nombre de Fratisa. Fue, en el fondo, un final feliz, pues los papás, a pesar de su congoja, no cesaban de expresar su gratitud. Y es que, en verdad, no es fácil toparse con personas que, además de brindar ayuda, la ofrezcan de corazón. Es el estilo de nuestro representante. ¡Es el estilo de Fratisa!

Ayuda humanitaria - octubre 2024

Raúl Leal

Es ya un rito. Cuando se acercan las fechas para el reparto de despensas, se nota cierto ajeteo de personas en torno a las instalaciones de Asumta. Y es que muchas comadres bajan de sus aldeas, no solo para cerciorarse de que recibirán su canasta, sino también dispuestas a ocupar las vacantes de quienes se ausentan o fallecen. El trasiego se acentúa aún más la víspera, ya que muchas llegan para cerciorarse de que figuran en nuestro listado. Como ya he escrito en otras ocasiones, no siempre resulta fácil avisarlos por teléfono, pues la mayoría vive en áreas sin cobertura y otros carecen de saldo en sus móviles. Pero, aun así, nadie suele faltar a su cita. Es, por lo demás, del todo comprensible. No resulta, en efecto, fácil para ellos conseguir que una asociación benéfica les reparta 120 canastas de víveres todos los meses. Tal es lo que hace Fratisa. No puede, por tanto, sorprender que los más pobres entre los pobres celebren nuestras ayudas cual si fueran regalos de dioses.



Siempre es grato recibir una bolsa de víveres

A la hora del reparto, no siempre resulta fácil poner orden, pues son bastantes las familias que desean ser las primeras en retirar sus despensas. Y es que, al venir desde muy lejos, aprovechan su viaje para conseguir en el mercado lo que no encuentran en su aldea. Por otra parte, es tal la cantidad de gente reunida (sobrepasan las 200 personas) que no disponemos ni de asientos ni de mesas para todos. Pues bien, sentándose en el santo suelo, esperan con paciencia - esa nunca los abandona- el momento de darles la bienvenida. Lo hago, inculcándoles ideas que los ayuden a mejorar su convivencia y evitar ciertas enfermedades debidas a la desidia.

Como ya es habitual, todos se levantaron y se concentraron en el momento de recitar la oración. Este mes resultó aún más folclórico, dado que los locales seguían engalanados con los adornos de las

recientes fiestas patrias. Conservaban un aire lúdico que los asistentes respiraban con complacencia. Era, sobre todo, digno de ver cómo la chiquillada se mecía, con incontenible griterío, en los columpios y toboganes que Asumta tiene instalados en su área de recreo. Y su júbilo subió aún de quilates al repartirles golosinas. Siempre da la impresión de que con ellas hasta consiguen endulzar el alma.

Como va siendo habitual, las cestas contienen puros alimentos básicos. Nos encantaría poder aumentar su contenido, pero los precios no cesan de subir y nuestros ingresos continúan siendo los mismos. Aun así, se logra ofrecerles una rica gama de víveres que su extrema pobreza les impide conseguir. No resulta fácil entender que esas personitas coman los días que pueden y los restantes se queden sin comer. Es su lucha por la supervivencia. Y, en ella, nuestros indígenas se han hecho grandes expertos. Sin

duda por ello no pueden ocultar su sonrisa cuando acarician entre sus brazos unos alimentos que -durante al menos unos días- enriquecerán su paupérrima dieta. Este mes se les ofreció la siguiente pitanza:

- Frijol
- Arroz
- Incaparina
- Pastas
- Azúcar
- Maseca
- Aceite.

Aunque el reparto se realizara con orden y sin conflictos, respiré a fondo al terminarlo. Casi siempre se me encoge el alma al contemplar cuán profundo es el penar de esas personas cuyo mayor estímulo es llevarse un bocado a la boca. Me asombra que jamás haya entre ellas reyertas, pues me consta que -en circunstancias similares- acostumbran a surgir. Gracias al buen hacer de Giovani y Efraín, a quienes de ordinario acompaña



El esperado momento de repartir las golosinas

Ana María, logramos imponer una disciplina que frena cualquier intento de saltarse el protocolo. De hecho, todos se fueron felices una vez más. Incluso las niñas Jaqueline y Griselda cuyo triste sino y destino no me resisto a compartir.

Su drama empezó a gestarse hace ya algunos años. Por aquel entonces, su padre (Daniel Juc) llevaba mucho tiempo trabajando como guarda de seguridad en una empresa de probada solvencia. Sin que trascendieran los motivos, fue despedido, aunque con una suculenta indemnización. Al llegar a casa, confió el dinero a su esposa (Irma Graciela Can) para que lo guardara en un lugar seguro. Daniel se había hecho grandes planes con su pequeña fortuna. Sin embargo, Irma tuvo la peregrina ocurrencia de desvelar a sus hermanos dónde ocultaba el capital. Y este de repente desapareció. El marido, al percatarse del robo, vertió todo el coraje sobre su esposa cuya congoja la sumió en tal postración que acabó contrayendo una diabetes galopante. Al verla tan desvalida, Fratisa le ofreció su apoyo sufragándole las consultas médicas y los medicamentos.

Mientras tanto, el marido se ausentaba en busca de trabajo, pero sus ganancias eran más bien escasas. Llegó incluso el momento en el que casi se olvidó de su familia. Decidieron, no obstante, los hados que lo acometiera una enfermedad desconocida que, tras muchos quebrantos, acabó nada menos que con su vida. Irma, al enviudar, se sumió en un fantasioso mundo de desespero. Y en él fue quedándose ciega, lo que le impedía ver la tragedia de su familia. Su hijo primogénito, al ser ya mayor de edad, abandonó el hogar paterno, se instaló con una muchacha en otra aldea lejana y se desentendió de toda responsabilidad. En el interin, Irma continuaba consumiéndose. Apoyada en sus dos hijitas, llegaba todos los meses a recoger la despensa. Hasta que en octubre lo dejó de hacer. Al interesarme por ella, se me notificó que la semana anterior había entregado su alma al creador.

Yo, en nombre de Fratisa, jamás había dejado de ofrecerle ayuda. Consciente de su deterioro, me había ofrecido a llevarla al centro médico. Por fortuna, accedió. Una vez en él, se nos remitió al hospital regional de Cobán. Pero la buena señora, al sentirse tan desvitalizada, optó por no seguir luchando. Y a los pocos días falleció. Sin duda Dios la habrá acogido en su gloria. Pero, y a las dos huerfanitas, ¿quién las acogerá? Es aún muy pronto para hacer pronósticos. Lo que sí puedo garantizar es que Fratisa, en la medida de sus posibilidades, cuidará de que Jaqueline y Griselda puedan arrostrar el futuro, superando el desgarró que por fuerza les está generando su orfandad. Dios nos mostrará la mejor manera de arroparlas.



Irma, con sus hijas, tras recibir la despensa (septiembre)



Griselda, recogiendo sola la despensa (octubre)

Raúl Leal

Desde que Fratisa -en connivencia con Asumta- coordina la pastoral de enfermos en Tamahú, ha puesto singular empeño en atender a los niños discapacitados. Por eso jamás abandonamos las terapias que nos ofrece Fundabiem. Dos días a la semana suelo llevar a varios pacientitos que acostumbran a notar mejoría tras ser atendidos allí con cariño. Me gustaría aumentar su número, pero -para ser aceptados en el programa- es preciso cumplimentar antes una serie de requisitos. Tal es al caso de Mileydi Yanira Cuc Tzib, que ha debido ser revisada en el hospital de Cobán donde le han detectado cálculos en la vesícula y una inflamación entre el recto y la vejiga. Y aún no han terminado con ella, pues precisa también la evaluación de su pediatra. Todo se hará.

Algo me ha contrariado que la pequeña Jeymi (Pansup), con parálisis cerebral, haya debido ser ingresada en un hospital, donde ha permanecido diez días. Sus cada vez más frecuentes ataques epilépticos la sumieron en una total postración. Por fortuna ya le han dado el alta médica y ahora solo se requiere un tratamiento dental que va por muy buen camino. En Fundabiem se alegrarán al verla de nuevo. Y es que la nenita se hace querer.

Dado que nuestra labor con los enfermos mantiene su rutina, me apresto a consignar algunos casos o situaciones que, por salirse de normal, pueden resultar de interés.

Pancoj: las aguas vuelven a su cauce

Hace apenas dos semanas recibí una llamada telefónica de la Dra. Yaneth Gramajo. Era para preguntarme si conocía al niño, Edgar Leonardo Choc Tzib, cuya problemática psicosomática vengo siguiendo durante años. Con él se habían encontrado, de hecho, Fátima y el P. Antonio cuando -hace ya seis años- tuvieron la bizarra idea de llegar caminando hasta el caserío de Pancoj. La doctora me pidió que le comprara pediasure e incaparina en líquido, pues el patojo estaba tan desvalido que apenas se tenía en pie. Me recalcó que sus padres militaban en la más extrema pobreza. Nada nuevo para mí, tratándose de Pancoj, por cuya comunidad tanto ha hecho y sigue haciendo Fratisa (casa, tinaco, panel solar, letrina y despensa mensual).

Tal era, en el fondo, el motivo por el que llevaba yo un tiempo algo molesto con ellos. Y es que, mientras al principio hacían gala de un encomiable espíritu solidario, últimamente se mostraban renuentes a la hora de involucrarse en las iniciativas de Fratisa. Me purgaba su cambio de actitud. Ello no fue, sin embargo, óbice para que al día siguiente -haciendo un hueco en mi agenda- me encaminara hacia su caserío. Al llegar, me encontré con el padre de Edgar (Mario Choc Tzalam) y me percaté que intentaba zafarse de mí. Al no conseguirlo, entablamos un diálogo, reprochándole que no me hubiera



Milvya dice que no se quiere enfermar



Las desventuras del pequeño Edgar

compartido el problema de su hijo. ¿Acaso Fratisa no le había ofrecido siempre su apoyo?

A los pocos minutos, media comunidad se nos acercó. Unos se mostraban algo recelosos y otros bastante compungidos. Tras compartir con ellos mi molestia por su viraje respecto a Fratisa, traté de quitar hierro al tema ofreciendo mi incondicional apoyo al niño enfermo. El malhadado patojo estaba tan consumido que apenas lo reconocí. Además de tener lastimada una pierna, su vientre estaba del todo abombado mientras el resto de su cuerpo parecía cadavérico. Me explicaron la razón. A Edgar, cuando trataba de defecar, se le salía parte del intestino grueso. Vi que el problema era serio. Me había provisto de fibra que él de inmediato se tomó. A partir de ese momento, el enfermo quedó a mi cuidado. Regresé al día siguiente y vi que la fibra apenas le había surtido efecto. Sin pensármelo, llamé a mi amigo Efraín, experto en estas lides, pues el cuidado de su padre enfermo le plantea problemas muy similares. Pasadas unas tres horas, se presentó en el caserío provisto de varias sondas. La tercera funcionó, experimentando Edgar un gran alivio

Reuní a toda la comunidad para compartirles, además de mi disgusto, algunos temas concretos que les concernían de cerca. Aunque en un principio todos permanecían callados -más por vergüenza que por despecho-, el clima se iba destensando al ritmo de mi alocución. Una vez finalizada, vi jubiloso que la expresión de sus rostros había experimentado un cambio. Fue entonces cuando comenzaron a exponerme sus cuitas. Al hacerlo, tardé poco en constatar que Pancoj parecía una antesala del caos. Casi todos sufrían algún malestar. Tal era, entre otros, el caso de Elvira Tzalam, casi postrada por una sarcoptosis galopante. Por su parte, Antonia Ocu no podía caminar, por habersele clavado una astilla en el pie y nadie se la conseguía sacar. Me brindé -lo hice al día siguiente- a acompañarla hasta el centro de salud, donde un enfermero le hizo una cura a fondo.

Sobre todo, me preocupó el estado lastimoso de quien siempre había sido un buen amigo: Alfredo Beb. El radio y el cúbito de su brazo derecho estaban quebrados. Me dio tanta lástima que, a la mañana siguiente, tras la cura de Antonia, ambos nos fuimos al hospital regional de Cobán. Y allí el doctor, previa una tomografía, le aconsejó operarse cuanto antes. No se hizo porque, en la cirugía, los tornillos y la placa de platino desbordaban por completo nuestro modesto presupuesto. Optamos por colocarle una escayola con la garantía de que recobraría su movilidad, aunque el proceso fuera más lento. Juntos regresamos a Pancoj donde -¡para que nada faltara!- encontramos a Antonio Beb (el “cocode”) dando tumbos junto a su casa. Según se me dijo, días antes se había caído y, desde entonces, era presa de frecuentes mareos. Con unas pastillas que le di, parece que se recompuso.



Vivienda donada por Fratisa a la familia de Edgar

Ignoro si tanto infortunio pueda verse como jugarreta de los hados. En todo caso, mis queridos pancojenses, desde que se distanciaron de Fratisa, no han cesado de acumular penares. Ojalá este reencuentro, aunque en principio fuera fortuito, logre afianzar nuestra tradicional sintonía. A la par que se lo pido a Dios, pongo tanto amor en curar sus heridas como cariño en aliviar sus desdichas.

La preocupante ceguera de Inocente

Este buen señor (Inocente Ic Xol) lleva ya tiempo recibiendo las atenciones de Fratisa. En más de una ocasión lo he llevado a la clínica oftalmológica de San Cristóbal cuyos doctores han tratado de frenar el deterioro de su vista. Se lo ha sometido a varias terapias y se le han recetado diversos medicamentos, pero aun así no ha cesado de perder visión. Y ahora, al acudir de nuevo a mí, he podido constatar con tristeza que apenas consigue bandearse solo. De ordinario, recaba para ello el apoyo de algún familiar.



Inocente Ic Xol, asumiendo su cruda realidad

Ante una situación tan alarmante, lo acompañé de nuevo a la clínica. Ya en ella, el doctor, tras someterlo a varios análisis, vio claro que no recuperará las dioptrías perdidas. Todo el empeño debe ponerse, pues, en evitar que prosiga el desgaste. Hasta el momento, aún ve bultos que se mueven. Se sabe, por tanto, en condiciones de seguir brindando apoyo a su hogar. Este lleva años gravitando en torno a él, pues -siendo un experto agricultor- viene cultivando un terrenito de su propiedad cuya milpa le permite alimentar a su esposa e hijos. Pero ¿qué pasaría si su ceguera acabara siendo total? Mejor, no hacer cábalas. Siempre ha sido más sensato aprovechar el presente que fantasear sobre el futuro. Tal es, por supuesto, el sentir del médico. Le ha aumentado la medicación con la esperanza de frenar el deterioro de sus ojos. Toda su familia- asiéndose a la fe- no cesa de pedir a Dios que cuide de Inocente, pues él es su único soporte. Y ellos viven en la más extrema pobreza. Se le ha aconsejado que no se exceda en los trabajos de campo y, sobre todo, que evite posibles caídas.

Me admira el temple de este señor que en ningún momento ha perdido ni la esperanza ni el coraje de vivir. Poniéndose en manos de Dios, confía que la medicina lo ayudará a

alejarse de la tiniebla. Su familia, que siempre ha dependido de él, se aferra a la posibilidad de un milagro. Aun sin excluirlo, mi sentido común me invita a seguir en todo momento las directrices del oftalmólogo. Me lastra el alma el ver cómo este hombre bueno, cuyo máximo afán se cifra en ser útil a los suyos, no cesa de acumular desventuras. Parece que la vida se resiste a sonreírle. Ojalá, con la ayuda divina y humana, logre conservar el poco margen de visión que aún le queda. Sin olvidar obviamente que, en casos así, la fe puede convertirse en el mejor aliado de la ciencia.

Una de cal y otra de arena

Nadie vaya a pensar que en nuestra misión todo sean lamentos. Predominan, sí, mas sin tener la exclusiva. De hecho, tampoco faltan momentos de sano jolgorio en los que las comunidades dan pábulo al disfrute. Así acaba de ocurrir en el caserío “San Francisco” a cuyas familias Fratisa ha agraciado con una vivienda. Siendo católicos, celebran a bombo y platillo la fiesta de su santo patrono, que este año revistió singular prestancia. Unos días antes, me cursaron invitación, igual que a los comunitarios de los caseríos vecinos. Y el domingo, 6 de octubre, su rutina se tornó alborozo. Ya la víspera, las comadres preparaban la comida, mientras los caballeros hacían acopio de sillas y mesas para acomodar a sus huéspedes. Tras la eucaristía presidida por el P. Denis López, párroco de Tamahú, se dedicó un tiempo a la plegaria. Acto seguido, se realizó una entrañable ceremonia maya. Por su parte, las bombas (cohetes), los sahumeros y los arpegios caldeaban el ambiente con los acordes de su banda musical. Y, ¿qué decir de los bailes, amenizados con dulzainas y chirimías? Fue una velada inolvidable. Al acercarme para compartir su júbilo, me impactó ver cuán bien armonizaban la diversión con la oración. Vi asimismo claro que los festejos no son patrimonio exclusivo de los



La comunidad de San Francisco, en oración

ricos.

El reverso de tan idílica escena nos lo brinda el proceso de don Sebastián Sam. Ya consignamos el pasado mes su espectacular mejoría, con la que su aparente desahucio había cedido paso a la esperanza. Sus úlceras se iban cerrando, mientras su organismo recuperaba su lozanía. Pero tan grata mejoría, ¿era un espejismo? No lo sé. Sí puedo, en cambio, garantizar que hace apenas unos días creímos que se moría. De hecho, se le desencadenaron tales vómitos y diarreas que todos nos preguntábamos cómo podía almacenar tanto lastre en su cuerpo. El enfermo chorreaba desechos. Mas, de repente, cesaron sus quebrantos, su pulso se normalizó y don Sebastián se mostró de nuevo dispuesto a seguir viviendo. Fueron momentos casi mágicos en los que se pasó de la angustia al embeleso. Nos dio la impresión de que su organismo, magullado por dentro a causa del fatídico accidente, se aprestaba a expeler todos sus humores nocivos. Y ello nos permite albergar la esperanza de que don Sebastián Sam seguirá sonriendo a la vida.

Lo dicho: ¡una de cal y otra de arena!

CUADRO DE PACIENTES ATENDIDOS POR FRATISA – OCTUBRE, 2024

DESCRIPCION	CANTIDAD
Pacientes trasladados a neurología	01
Medicinas entregadas a pacientes de neurología	24
Pacientes trasladados a oftalmología	05
Medicinas entregadas a pacientes de oftalmología	02
Lentes donados por Fratisa a pacientes	01
Pacientes trasladados a Fundabiem	04
Asistencias durante el mes en Fundabiem	12
Pacientes trasladados a diferentes hospitales	05
Pacientes trasladados a hospitales de la ciudad capital	02
Pacientes que recibieron medicinas con receta	34
Extracción de piezas dentales	16
Pacientes a quienes se realizaron exámenes de laboratorio	02
Pacientes a quienes se realizaron ultrasonidos	02
Visitas a familias y enfermos	11
Entrega de granos básicos y otros	03
Entrega de bastones y muletas	01
Entrega de pañales desechables	02
Ayudas en velorios y compra de ataúdes	02
Ayudas en traslados de cadáveres	02

Tañendo la campana

Emilio Álvarez Frías

Cuando proyectábamos la visita mensual a una ermita para celebrar el día 1 de noviembre, festividad de Todos los Santos, buscamos algo especial entre los muchos templos recoletos repartidos por España, la mayoría debidos a la fe de nuestros antepasados labriegos, pues tenían muy presente a la Virgen, a la que encomendaban la perduración tanto de sus vidas como de sus sembrados. Sin darnos cuenta topamos con la parroquia de As Ermitas, en el municipio de Bollo, provincia de Orense, distinguido como santuario de “Nuestra Señora de las Ermitas”, lugar bastante desconocido en España, pero de una importancia especial

en Galicia, por su enclave y también por su origen y por su historia.



La tradición cuenta que su existencia se debe al obispo de Astorga, Alonso Mesía de Tovar, quien tras la curación milagrosa que tuvo atribuida a la intervención de la Virgen, puso manos en arreglar la pequeña capilla del lugar en la que se veneraba a la Virgen.



La construcción que ahora podemos contemplar se inició entre 1713 y 1726, pero su origen hay que situarlo en torno a 1624 cuando se levantó el Santuario de As Ermitas gracias a un convecino contrarreformista del Concilio de Trento, aunque en años sucesivos (hasta 1747) se fue complementando. Sin duda es

un conjunto digno de visitar. Al conocer el Vía Crucis barroco que se construyó en 1731 consideramos que As Ermitas era muy adecuado para que nosotros fuéramos allí a pedir al Señor tuviera presente a las diez personas que últimamente habían iniciado la vida eterna desde los montes de Tamahú, y, muy especialmente, a doña María Santos Laj quien, un tanto despistada, con un ramo de «ruda» en las manos, se había presentado ante la puerta del cielo, sin saber dónde estaba.

Y con ese fin de encomendar al Señor los diez hermanos que habíamos perdido en la Tierra, nos encaminamos al lugar de Bollo, en Orense, el 1º de noviembre, a rezar y meditar sobre la pasión y muerte de Jesús en su camino hacia el Calvario, en aquel santuario de “Nuestra Señora de las Ermitas”, teniendo en cuenta los fallecidos de Tamahú y todos los hermanos que nos han dejado durante el año. Rogando al Señor que nos guíe por el buen camino y no nos deje

abandonados en este mundo tan desamparado e indefenso en el que vivimos actualmente.



Cuando Fratisa encaminó hacia Tamahú su obra de apoyo a los indígenas más desfavorecidos, centró su interés en la pastoral de enfermos y discapacitados. A partir de entonces, no han cesado de aumentar los que acuden a nosotros en busca de ayuda, siendo nuestro representante, Raúl Leal, quien -desde un principio- gestiona tan ardua labor. Nos complace saber que cada vez se intensifica más su dedicación y su espíritu de entrega. Fratisa, muy consciente de la importancia de este proyecto humanitario, invita a sus amigos y colaboradores a que, en la medida de sus posibilidades, ofrezcan un donativo periódico para mantenerlo o incluso potenciarlo.

Toda ayuda es de agradecer - ¡Muchos pocos hacen un mucho!

FRATISA

Si quiere hacer un donativo periódico, le sugerimos que nos mande esta misma hojita, rellena con sus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra su cuenta corriente con la periodicidad e importe que usted nos indique.

Nombre _____ Dirección _____ nº _____ Piso _____

Localidad _____ CP _____ Provincia _____ Móvil _____

Correo-e _____

Cuota de socio _____ € (mínimo 10 € al mes)

Nº de cuenta Iban: ES _____ . _____ . _____ . _____ . _____

Periodicidad: Mensual – Trimestral – Semestral -- Anual --

Titular de la cuenta _____

También puede hacer su donativo ingresándolo en la cuenta abierta a nombre de
“Fundación Isabel de Lamo Pattos – Fratisa”, en el Banco Santander.

Iban ES90.0049.1182.3226.1040.0538

Si desea leer algún otro número atrasado de este Boletín, consulte nuestra Web:

www.escuelabiblicamadrid.com / Fratisa / Publicaciones